

MÓNICA HERNÁNDEZ

ESTIMADA DESCONOCIDA

UNA NOVELA
SOBRE
REMEDIOS
VARO



LITERATURA

A manera de comienzo...

La familia formada por Rodrigo Varo e Ignacia Uranga tuvo una hija, llamada Alicia, que falleció antes que naciera María de los Remedios Alicia Rodriga, a la que nombraron como a la fallecida y a quien siempre cargó como una sombra, con cierta culpa. Remedios crecería para convertirse en una pintora de gran técnica y sorprendente talento, cuyo prestigio no ha hecho sino incrementarse al paso de los años. Pintó más de trescientas obras, muchas reconocidas, pero sólo vendió alrededor de veinte de ellas en vida, que terminó de manera abrupta antes de cumplir 55 años. La mayoría de sus trabajos los regaló y muchos nunca llegó a firmarlos.

En todas sus pinturas aparece una figura viva, humana o con algún rasgo humanoide, como unos ojos. Excepto en la última que terminó antes de morir y que nombró *Naturaleza muerta resucitando*. Del proyecto que se convertiría en otro cuadro, *Música en el bosque*, solo quedó el boceto a medio imaginar en lápiz.

*¿Dices que nada se pierde?
si esta copa de cristal
se me rompe, nunca en ella
beberé, nunca jamás.*

Antonio Machado

*Ser, en el reino de la Historia, no le exigía hacer, ni descubrir,
ni inventar.*

Le bastaba la Memoria.

Rosario Castellanos, *Rito de iniciación*

*... Todo lo grande que conocemos se lo debemos a los
nerviosos.*

*Ellos y no otros son los que han fundado religiones
y han compuesto obras maestras.*

*El mundo jamás sabrá todo lo que les debe y, sobre todo,
todo lo que ellos han sufrido para darlo.*

Marcel Proust. *En busca del tiempo perdido*

Primera parte

SOMBRAS EN GRIS

CIUDAD DE MÉXICO, 8 DE OCTUBRE DE 1963

Veo el destello antes de saber que lo he cruzado.

Solo dos días de nuestra vida duran menos de veinticuatro horas: el primero y el último.

Cada año pasamos por encima del que se convertirá en el aniversario de nuestra muerte. Orbitamos delante de ese día, sin sospecharlo siquiera. Lo pisoteamos inconscientes de que a cada vuelta el calendario nos da pistas, pero no aprendemos a leerlas. Me hubiera gustado elegir el día, tal vez la hora y la manera de irme de aquí. Pero ¿a quién engañó? Nunca fui organizada. Ya nunca lo seré.

Hoy me voy a morir.

Este día quedará señalado como el aniversario de mi muerte.

A partir de hoy, se grabará esta fecha en piedra.

Mi piedra.

Pensándolo bien, no está mal morir en octubre. El clima es suave, la luna es enorme y brillante, las horas de sol y calor han disminuido, lo mismo que la lluvia en esta extraña ciudad. Nunca sentí que este fuera mi hogar, pero tampoco me sentí ajena. Para mí, la costumbre fue más resistente que las raíces. Mis raíces las cortaron en París, junto con mis alas, hace ya muchos años.

ALGECIRAS, ESPAÑA. 1916

Son los gritos de su hermano y de su madre los que la empujan a correr a su habitación, que comparte con la abuela desde que tiene memoria. Remedios se pega a la pared cuando su hermano la señala culpable de esconder dibujos dentro de una caja de zapatos debajo de la cama. Esos rayones que la madre le prohibió hacer. La cara de Rodri es de triunfo y la mueca de rabia en la cara de su madre se compara con la cueva de Hércules estrujada, unas hadas rotas, unos gamusinos invertebrados, un duende partido por la mitad, una o dos odaliscas mutiladas y un *yinn* maltrecho. Cuando Ignacia no puede estrujar más los trazos, los arroja a la chimenea, donde arden despacio. Que ardan como espera que ardan las ganas de su hija por hacer garabatos en lugar de aprender cosas útiles como las letras y los números.

El horror agarrota los pequeños puños hasta dejarlos sin color. Pero la niña no llora. Enmudece y aprieta los ojos hasta que le duelen los párpados. Ha descubierto que su madre se nutre de su incomodidad y de hacerla sentir inadecuada, de hacerla llorar. Quiere demostrarle que es fuerte porque ya es una niña grande, aunque la madre insiste en que la corrige para que crezca y madure. Ignacia dice quererla, pero Remedios no entiende que el amor tenga que doler.

Con los papeles reducidos a cenizas, llegan la calma y el padre, cansado de batallar con trabajadores y excavaciones durante el día. Otra noche que también habrá de lidiar con la guerrilla al interior de su hogar.

—Es que tú no quieres a la niña —dice el esposo con hartazgo. No es reproche, tampoco reclamo. Es la constatación de una realidad que le lastima y lo agota.

—Y tú la consientes mucho. Además, hechos son amores. Tú deberías saberlo.

—Yo la quiero como es. No como me la imaginaba.

—Pues si yo no la quisiera, no la educaría.

—Pero es que la tratas como si la odiaras... como si ella tuviera la culpa de que la otra se muriera...

—La peino, la alimento, le insisto para que no cuelgue las piernas y se siente derecha. Le corrijo los modales de marimacho, además de que siempre trae las calcetas limpias, los zapatos brillantes y la cara y las manos de una señorita. ¿Qué más prueba de amor que todo eso? ¿A ver? ¿Arrumacos y carantoñas? Si para echarla a perder estás tú. Dios me dio la oportunidad de criar una niña después de la otra... y no la pienso desaprovechar.

—Que son los modos, mujer. Los modos.

—Y yo te digo que no estoy criando una blandengue. Que se haga fuerte. A mí me criaron así y es la manera correcta. De otro modo no será capaz de llevar una casa, un marido, unos hijos... El mundo no es para los débiles. Ahora que le consiga lugar en un colegio decente y como Dios manda, verás que toda la tontería esa se le acaba. La que sabe de esto soy yo.

—Tal vez... Pero sí te digo que la niña tiene duende.

—Duende, ¡pamplinas! Es distraída y dispersa. Las monjas le corregirán esa cabeza que siempre anda en las

nubes. Ya se encargarán de aterrizarla y llevarla por la senda del Señor.

Remedios escucha detrás de la puerta. Otra vez la mención a *la otra*. Otra vez su padre calla y su madre habla. Por suerte, tiene a su hermano Luis para que la haga reír. Tal vez la abuela quiera acompañarlos a jugar a la calle, donde hay una fuente y una palmera. Entre carcajadas y carreras, descubren que Ignacia está molesta porque no le gusta la nueva ciudad. Llevan ya varias mudanzas y cada vez su humor se amarga más.

—Yo creí que tu madre estaría contenta de volver a España. Se la pasaba diciendo que África no era lugar para vivir.

—Pues yo la escuché decir que esto tampoco es España. Abuela, ¿dónde vivimos ahora?

La abuela ríe. Después de Argel, Casablanca y Tánger, Algeciras es la añorada patria, pero reconoce que este pueblo no es apenas sino una calle que cruza del mar hacia el interior, que también es un desierto.

—Sí, mi niña. Estamos en España. Aunque si te asomas, del otro lado del Mediterráneo están las ciudades donde vivíamos antes. Por eso la mudanza no ha tardado nada.

—Entonces, ¿por qué a mamá no le gusta? —El pequeño Luis se anima a hablar cuando su madre o su hermano no lo miran.

—Bueno... pues porque ella quisiera que nos quedáramos quietos en un lugar y no estarnos moviendo tanto. Ya verán ella y todos que más pronto que tarde nos quedamos ya fijo en un solo sitio y sin movernos nunca más.

Para Ignacia, Algeciras sigue siendo África y no España, aunque su esposo trabaje ahora para la Junta de Obras del

Puerto. Para ella, estarán en España cuando se muden a Madrid. La única diferencia que existe, hoy por hoy, es que en el aire huele a ajo frito en lugar de especias raras y a sudor.

Para Remedios y su hermano mayor, sí hay una diferencia importante con respecto a las ciudades africanas: un colegio de primeras letras en un solar adyacente a la parroquia de nuestra Señora de la Palma. Por mera cuestión de humanidad, aceptan a la niña junto con el hermano y se aseguran de hacerle notar a la familia que se trata una excepción por la condición irregular de la niña, a la que consideran poco más que una salvaje. Las religiosas se rascan la cabeza con los dibujos que la niña copia cada vez a mayor detalle. Lo que ni Ignacia ni las monjas imaginan es que la niña sabe escribir, no solo leer y hacer cálculo mental, porque ha espiado a su hermano Rodrigo. Es callada, pero no dócil. Su rebeldía la lleva a trazar líneas rectas y curvas con la punta del lápiz bien afilada, una y otra y otra vez, sin cansarse.

Como premio por haber conseguido entrar a la escuela, Rodrigo compra a su hija un libro con ilustraciones de un tal Arthur Rackham. El libro es infantil, pero los dibujos son perturbadores. A Ignacia le parecen horrorosos.

Los dibujos son extraños, pero a la niña le recuerdan las imágenes de sus sueños o ya no sabe si por mirarlos tanto los empieza a soñar. Persigue los trazos con el dedo y bajo su tacto se materializan ramas torcidas y nudosas en los cuerpos de hombres y mujeres hermosos y trágicos; las cabelleras dibujadas pelo a pelo, fundidas en las olas, en el cielo y hasta en las raíces de los árboles. Suspira con los seres que atraviesan las cortezas de los árboles, las nubes y las aguas, unas prístinas y otras que se adivinan podridas. Las imáge-

nes se transforman en sus mejores amigas, junto con los animales que extienden picos y alas en vez de piernas y brazos, además de manos como jarras y escobas. Animales humanizados. Humanos silvestres. Con ellos mantiene conversaciones completas, sin interrupciones. Sin juicios. La fantasía de la niña de ocho años no conoce límites. Remedios llega incluso a soñar con la imagen de una joven bellísima, al cuidado de unos hombrecillos deformes y llenos de verrugas: la Blancanieves que yace en el suelo, muerta por una manzana envenenada de celos teñidos de rojo sangre, aunque todas las ilustraciones del libro son en blanco y negro. Le interesan especialmente sus rasgos: cejas bien perfiladas, mandíbulas largas y, lo que más le acongoja, una naricilla respingona, discreta y elegante que es su tortura. Acaricia los dibujos con los ojos y los dedos antes de copiarlos, trazo a trazo, con la calma que da la certeza de que el tiempo no existe. Para agradecer el regalo, copia el perfil de su abuela adorada y se lo regala al padre, que sonríe con el orgullo y la satisfacción de haber engendrado una artista.

Para completar la felicidad de la niña, Rodrigo prohíbe a su mujer deshacerse de los futuros dibujos de la pequeña, porque dice que los conservará todos. El padre limpia con ternura una lata vacía de la confitería Madrileña, que aún huele a *amandes à la crocante*, para que Remedios la use como cofre del tesoro.

—Aquí guardarás todos tus dibujos, para que no se pierdan ni se ensucien. Además, olerán bien. La puedes dejar encima del mueble. Ya no hace falta que la escondas debajo de la cama —le dice a la hija mientras le ayuda con la tapa de la lata.

—¡Pero si esos dibujos son una mierda! Mira nada más... ¡qué arte moderno ni qué niño muerto! Esos gara-

batos son paparruchadas... ¡Y yo para qué quiero esa... eso en mi casa! Ya tenemos bastante con no tener servicio, con vivir como los beduinos esos a los que vimos, con...

El padre levanta la mirada y hace callar a su mujer. La abuela ensarta la vista en el bordado y los tres niños cuentan hasta diez sin respirar, en espera de que el aire familiar se limpie. Se supone que con cada cambio de domicilio la situación familiar mejora, pero en la mesa apenas se nota. No hay carne para todos los días de la semana y la ropa se remienda hasta que no da más de sí. Luis utiliza lo que Rodri abandona y a Remedios le confeccionan ropa de lo que deja de entrarle a la madre en las carnes, que se han henchido aún más desde que volvieron a la península. Ignacia culpa al calor, pero sabe que es la soledad, la ansiedad y la frustración las que la hacen engordar. El desamor, la rabia, el desencanto y la amargura la nutren.

Rodrigo aprieta los labios en medio del silencio de su mujer y escapa por la puerta, aunque la cierra con suavidad. Ignacia se muerde una mano para ahogar las lágrimas que buscan escapar. Sabe que esta vez se ha excedido, que ha hablado de más, que su marido la castigará con el silencio durante varios días. El padre no tiene la culpa de que en España no haya mujeres que limpien el suelo y la letrina por un pedazo de pan, como en aquellos países *moros* donde vivían, pero se queja igual. La tensión se puede tocar en la mesa del comedor, en la alcoba matrimonial y en el ambiente que flota cuando Ignacia sonrío ante la enésima mención de su marido sobre el origen noble de sus antepasados, esos *de Varo* que nunca han aparecido en ningún libro de ninguna biblioteca. Suspira y se pone a levantar los platos de la mesa, que se han quedado desatendidos. Le gustaría poder sacar las tonterías de la cabeza de su hija,

pero su marido se empeña en alimentarlas. No entiende que no se pueda comunicar con su hija como lo hace con su hijo mayor, que tanto se le parece. Esta niña le salió rara y no deja de lamentarse por la muerte de aquella otra que murió en sus brazos, de neumonía. Sabe que ella sería más dócil, más tranquila, más suya y menos como es esta que ahora tiene en casa. ¿Por qué Dios la castiga así?

—¡Hala! Salgan a jugar un rato antes de que se ponga oscuro. ¡Que les dé el aire! —les dice a los niños con un ademán de espantar moscas. Los prefiere fuera de su vista, cada tarde.

Rodri niega con la cabeza y se hunde más en el sofá donde está leyendo un libro de mitología griega. Remedios y Luis se miran y se dan la mano. Salen a jugar al espacio verde que ni llega a parque, frente al edificio donde viven. La abuela deja su costura a un lado y se planta delante de la ventana, dispuesta a echarles un ojo desde ahí. Piensa en que le gustaría vivir muchos años y mudarse con Remedios cuando crezca y se case. Esa niña necesita cariño.

Hoy hace tanto calor que los visillos parecen tumbas olvidadas sobre las ventanas. Hasta el salón de la casa llegan las risas de Remedios y de Luis, que juegan a perseguirse, a esconderse y a trepar por una palmera flexible. Se mojan con el agua de la fuente y ríen de nuevo. Rodrigo-hijo parece molesto con los ecos de las risas que se le cue-
lan entre las páginas que hablan de los dioses griegos. De mala cara se levanta y se encierra en su habitación, el libro bajo el brazo. Ignacia se acomoda en la ventana, al lado de su suegra, pero sin abrir la boca. ¿Qué hacer con esa niña que se niega a crecer? Ocho años y aún enseña las rodillas, se quita los zapatos y se arranca los listones del pelo para correr y atrapar al pequeño Luis, que ríe a carcajadas

cuando su hermana lo pesca y lo castiga con una guerra de cosquillas. La madre cruza las manos delante de su barriga y juguetea con los pulgares, en un movimiento circular. Suspira pensando en un futuro no tan lejano. Su cada vez más ausente marido le contó hace pocas noches que ha pedido el traslado a Madrid. Si lo consigue, la familia se mudará por fin a una ciudad de verdad, a la capital del reino nada menos. Al fin, en el horizonte, el soñado colegio de monjas al alcance de la mano. Pensar que cumplirá su voluntad le arranca una sonrisa privada.

Hoy no hay función de marionetas en la Plaza Alta, porque no es primer domingo de mes. Tampoco hace viento y la humedad se pega a la piel con todo y ropa. Ignacia camina con una mano en el sombrero y con la otra endereza el lazo mustio de la cabeza de su hija. Detesta esa cabellera rebelde. En realidad, detesta todo de esa hija suya y no sabe por qué. Le endereza el cuello y los puños de encaje sobre el vestido azul oscuro y mira con aprobación a su hijo mayor, que mantiene impecable su propio lazo alrededor del cuello almidonado. Le pide a su suegra que le entregue al pequeño Luis, al que van a retratar con el traje de bautizo. El padre no está porque ha tenido que ir a revisar un problema que se presentó en la construcción de la obra, algo de un obrero que cayó a una zanja y se partió la cabeza. El muerto requiere papeleo y el encargado de la obra es Rodrigo Varo. La esposa aprieta los labios y decide no cancelar la cita pendiente. Quiere inmortalizar el bautizo de su tercer hijo, ahora que ha conseguido que el sacramento se realice en territorio español, con cura español y con el rito completo, como Dios manda. Incluye a la suegra en la fotografía, más que nada porque le ayuda a

llevar a Rodri y a Remedios de la mano mientras ella se encarga del pequeño, que infla y desinfla los mofletes como si se hubiera tragado un globo.

El decorado que elige entre los bastidores disponibles en el estudio fotográfico incluye un lago que huye por un costado, de frente a unos árboles que equilibran la escena. Hay unos arbustos que se adivinan detrás de la silla donde acomoda a su suegra, a su derecha, mientras ella se sienta en un banco con el nuevo hijo de Dios entre los brazos. El fotógrafo coloca a los niños entre ambas mujeres y a Rodri detrás de Remedios, que es muy pequeña. El encargado pide al varoncito que coloque su mano izquierda sobre el hombro de su hermana, mientras ella frota la orilla de su falda, a escondidas de su madre, de su abuela, de su hermano y del fotógrafo. A la madre le gusta la propuesta del técnico. Antes de quedarse quieta y mirar hacia el agujero de cristal que hay delante de la caja mágica, le indica a su hija que enderece la medalla de la virgen María que trae al cuello. Será la misma que lleve cuando haga la primera comunión.

El técnico se esconde detrás de la caja de madera, bajo un retazo de tela negra y la niña suelta una carcajada. Se imagina una chistera gigante de la que saldrán estrellas y libélulas, junto con flores en vuelo hacia el techo, algunas convertidas en aves diminutas y alegres que tal vez logren piar. O un conejo, que ni ruido hacen. O mejor aún, que de la caja salga el técnico con orejas largas y nariz de botón. Quiere aplaudir, pero su hermano se lo impide, sabiendo la que se les viene encima. La abuela comienza a sonreír, hasta que Ignacia las mira con desaprobación.

—La gente elegante no sonríe en las fotografías —dice y asesina la sonrisa de los hijos y de la suegra.

MADRID, ESPAÑA, OCTUBRE DE 1918

El otoño tuesta las hojas de los fresnos, alcornoques, álamos y de los madroños cuando la familia Varo recalca en Madrid que, a pesar de ser una ciudad grande y supuestamente moderna, los recibe gris y polvoriento. Rodrigo solo puede conseguir un alojamiento mediocre para él y su familia. La finca de la calle de Segovia, en pleno barrio de Palacio es antigua, huele a moho, a tabaco y a orín de gato. No tiene ascensor ni tampoco grandes vistas, pero es lo que puede pagar. El número 44 está más próximo al Manzanares que al centro de la ciudad, rodeado de establecimientos industriales y de fábricas. El hogar familiar se acondiciona en un cuarta planta, puerta segunda, el alquiler más barato de todo el conjunto. La ventaja es que también recibe mucha luz y parece que hará el invierno más cálido para sus habitantes que para el resto de los vecinos. Bien mirado, hasta hacen más ejercicio, porque para llegar al cuarto nivel han de pasar por el entresuelo, antes de llegar a la primera planta. Ignacia resopla y Josefa sonríe, porque piensa que la vida se sufre o se disfruta y ella ya ha tenido suficientes amarguras. Que su nuera aprenda sola.

A Ignacia el barrio le trae retazos de su infancia, allá en Buenos Aires, a pesar de que los recuerdos son pocos y están desteñidos por el paso de los años. A pesar del dis-

gusto por la zona y el alojamiento, insiste en que Madrid le recuerda a su lugar de nacimiento por lo señorial de las fincas aledañas, los balcones con macetas, las plazas como la de la Cruz Verde y la de la Paja y hasta por el cerro de las Vistillas, medio abandonado y cutre, pero mejor que todo lo que tuvieron en últimos años, allá en África. Esto es España, repite en cada ventana a la que se asoma, en especial, las del palacio del príncipe de Anglona. El consuelo es que a tiro de piedra hay una iglesia de las de siempre. Eso sí, con una torre estilo mudéjar que Ignacia desprecia porque para ella no tiene clase alguna.

La iglesia está en la otra punta de la calle y se trata de la parroquia de San Pedro el Viejo. No tarda en personarse y solicitar informes para que admitan a su hija en el colegio de monjas, de horario extendido y que acepte alumnas que no han cumplido con el sacramento sagrado de la primera comunión. Los curas se muestran comprensivos, dado el pasado itinerante de la familia en países de infieles. A los niños Varo y Uranga los sumergen en un curso acelerado de catecismo los sábados por las mañanas, que incluye desayuno de chocolate caliente y bollos de leche. En menos de un año, Rodrigo y Rodriga sostienen ante sus padres y su abuela una biblia resumida, una vela y un rosario después de recibir la sagrada hostia. La fotografía de rigor los muestra solemnes, mirando a la madre que tienen enfrente, por detrás de la cara de fastidio del fotógrafo. Luis es muy pequeño, por lo que se libra de las tareas de memorización semanal que acarrearán pescozones, pellizcos y hasta malas palabras de parte de Ignacia, desesperada por el poco interés que demuestra su hija de casi diez años por el catecismo. Opina, siempre en voz alta, que ya debería sentir el fervor de la religión en sus entrañas, como lo sintió ella a

esa edad. Remedios enrolla los ojos cada que la escucha, para diversión de su padre.

La niña Varo comienza el año escolar y no tarda en contagiarse del mal que aqueja no al país, sino el mundo entero: la gripe. Si bien la gran guerra parece que está por llegar a su fin con una recaudación de más de veinte millones de almas en el continente, la influenza no se ha querido quedar atrás y ha arrastrado a otro medio millón a la tumba, más de cien mil tan solo en España. Las cifras ciertas nadie las conoce, pero la temida parca ronda el barrio, la calle y la casa familiar, para angustia de la madre, que no sale más que a misa y a la compra, arropada con el temor de contagiarse y dejar huérfanos a sus hijos. El terror de volver a perder a una hija, a otra Alicia, la hace retorcerse las manos e hincarse delante de la imagen de la virgen todas las mañanas, junto a una veladora de llama temblorosa e indiferente. La niña, sumida en sueños poblados de niebla y seres fantásticos, realiza hechizos de luna que le tapizan la piel de perlas transparentes que exorcizan las fiebres.

La convalecencia resulta larga y aburrida. Las calenturas ceden poco a poco, pero la niña queda flaca y débil de los pulmones, por lo que apenas puede moverse sin que la ataque la tos. El médico habla de una posible lesión cardiovascular, pero nadie comprende con claridad a qué se refiere. El experto tampoco se esmera en aclaraciones, porque omite confesar que el salto que escucha dentro del pecho de la niña, a través de un tubo largo que pega a su oreja, lo confunde. Será cuestión de años para saber si hay afectación o no. Ni hablar de ir al colegio en estas condiciones de fragilidad. La niña se cansa dibujando y leyendo

las mismas historias, así que la abuela decide incluirla en una de las labores domésticas que más le desagradan: echar agua a las plantas. Le consigue una pequeña regadera de hoja de lata, que la niña pinta como si se tratara de un lienzo virgen y no de un cacharro oxidado y viejo. A la regadera le florecen libélulas, mariposas y escarabajos en la piel, rodeados de líquenes y polvos de hada. Con paso lento y cuidadoso, llena de agua el artilugio y lo vacía en las macetas, con toda la delicadeza de su edad. Como si se tratara de un conjuro, la hiedra, la caléndula, el palo de agua, la aspidistra, el crotón y el nardo expulsan hojas verdes intensas y alegres, como si quisieran acariciar la mano que las alimenta. La abuela le compra entonces un anturio y una begonia que, agradecidos con el cariño infantil, florecen mejor que en el mercado de plantas.

—Esta niña tiene mano verde —suelta la abuela, sonriente por delegar la labor doméstica en la nieta.

—Sí... parece que sí. —Ignacia levanta la barbilla y le sonríe a su hija. Por fin algo la complace y se lo hace saber. Se enfoca en las plantas, que disimulan la desnudez de las paredes desconchadas.

—Es que les hablo quedo, madre. Les cuento historias, las saludo y las felicito por estar hermosas y por sus flores. A veces les invento historias. Y a ellas les gusta que yo les susurre y les haga cariños. —La franqueza de la niña da al traste con la sonrisa de la madre, que frunce el ceño y los labios y guarda silencio. Agradece que se haya terminado para bien la época de la Santa Inquisición, porque si vivirían cien años atrás, a su hija la quemaban por bruja y a ella por alcahueta.

—Ven, mi niña, que te pruebo el nuevo uniforme. —La abuela acude al rescate.

—¿Es para mí? —Remedios se esconde debajo de unas mangas muy largas y una falda que le roza los talones.

—Es que con tanta fiebre crecerás mucho... —Josefa se muerde los labios. Con el nuevo uniforme parece que más bien se encogió en lugar de crecer. Suspira. Algo dentro de su pecho le dice que su nieta compensará con carácter lo que no consiga alcanzar en centímetros.

Ignacia convence a los curas para que acepten a su hija como semiinterna con las hermanas Jesuitinas, en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Remedios llega con curiosidad por las mañanas, pero vuelve con el miedo metido en el cuerpo por las tardes. Las monjas atizan las palmas de las manos de las niñas con una rama delgada y flexible cuando no se saben la lección, cuando se equivocan en las sumas, cuando tardan en contestar, cuando levantan la mirada, cuando no rezan con suficiente devoción, cuando no guardan el mismo silencio que las piedras de la tapia del jardín. A Remedios le dan unos meses para que recupere los años de desatención cristiana, pero la paciencia de las monjas es corta y estrecha. A la pequeña le horroriza el trato que dispensan las religiosas a sus compañeras.

Una tarde, durante la merienda, se arma de valor y comenta a su madre y a su abuela el incidente del día: a una compañera que mascaba chicle, las monjas le pegaron la goma de mascar en la punta de la nariz, le pusieron las orejas de burro sobre la cabeza, la mostraron en cada salón de clase y la dejaron en el centro del patio. Una clase práctica de aplicación de la disciplina de Dios. Para angustia de la niña, su madre sonríe.

—¡Sí! Eso es exactamente lo que se espera de un colegio religioso. ¡Educación, valores, disciplina! ¡Ah! No sabes,

hija, lo feliz que me hace que por fin hayamos dado con el colegio correcto y el buen ejemplo que tanta falta te han hecho. ¡Gracias habrías de dar! —le dice mientras alarga la mano para acariciar la melena de la niña. Algo en la mirada de su hija le hace bajar la mano y olvidarla sobre el mantel. Remedios siente que los huesos de su columna se relajan después de la tensión. Esperaba un pescozón y no sabrá nunca que aquello que la puso en guardia pretendía ser una caricia de parte de su madre.

El camino hacia la calle de los Refitolios le recuerda el camino de Jesús a la crucifixión y lo andará los lunes por la mañana para escapar los viernes por las tardes. No es el miedo al chicle sino al ridículo y al escarnio público lo que le llena de plomo los botines. Remedios sabe que no podrá huir de ese colegio. Su padre está convencido de que pueden quedarse en Madrid y tener por fin la vida que le prometió a su mujer el día que la desposó. También ha prometido que enviará a la familia a San Sebastián de vacaciones en agosto, con el resto de la familia Uranga. Ambas promesas mantienen a la mujer si no contenta, al menos pacífica, porque ahora sí siente que ha recuperado su autoridad.

Remedios se sabe espiada, lo mismo por las monjas que por sus compañeras. Escucha comentarios distorsionados sobre su cuna, historias torcidas sobre sus viajes al África y el que más la mortifica, susurrado en pasillos y aulas, es que ni tan siquiera es bonita. La culpa es de ese gancho en la nariz que le heredó su padre. Pronto se da cuenta de que en el colegio las profesoras, lo mismo que las alumnas, compiten entre ellas por tener la tez más blanca, el cabello más largo y más brillante, por la atención de novicias y

monjas. Por la atención del confesor. La niña Varo destaca en una sola categoría: es la que mejor sabe guardar secretos. Lo hace para no tener que hablar con las demás y se sorprende de que la consideren humilde, lo que agrada a Dios y a las monjas. Remedios aprende que ser misteriosa es una virtud aunque a ella le provoca golpeteos en el pecho. Tardará años en saber que eso que le galopa por dentro tiene varios nombres: miedo, rencor, odio, desconfianza y humillación.

No todo es congoja. Aunque no conoce las palabras para definir la convivencia cariñosa con las otras alumnas, aprende a confiar y a no sentir temor si la miran o le hablan. Remedios entreteje silencios con sus pocas palabras, porque ha aprendido a dialogar consigo misma. Se hace preguntas, se contesta y mantiene también conversaciones con los árboles, con las plantas del huerto, con el agua de la fuente y hasta con las nubes que cargan aves sobre sus lomos esponjados. Las internas practican a confesarse entre ellas. Se revelan detalles antes de que llegue el cura los sábados por la tarde, en preparación para la misa y la comunión del domingo. La vida se vuelve rutinaria, predecible y asfixiante para la mayoría de las niñas que, sin embargo, se deben adaptar para sobrevivir. Las que son incapaces de doblegarse a la disciplina se quiebran y son expulsadas y sus familias señaladas. A la vergüenza individual se añade la culpa colectiva, porque una alumna rebelde mancha a toda la familia. Para sorpresa de Remedios, tanto su madre como su abuela están de acuerdo con esta afirmación.

—La mujer del César —sentencia Ignacia— no solo debe ser honrada sino parecerlo. Desde que el mundo es mundo, Remedios, el buen nombre de una familia recae

sobre los hombros de las mujeres. Hemos de llevar ese buen nombre con virtudes y la cabeza bien alta.

Un viento frío baja por la espalda de la niña. Esa mujer no puede ser su madre. Tiene que haber un error.

Rodrigo quiere compensar a su hija, convertida en pájaro enjaulado. Decide llevarla al museo del Prado el domingo siguiente. El resto de la familia evita ir, pero Remedios descubre la emoción de sentirse segura por la calle, de la mano grande y fuerte de su padre, envuelta sobre la suya, pequeña y sudorosa. No sabe que esa sensación se llama confianza. Mira con ojos brillantes al hombre alto y valiente que la hace sentir niña grande. Entre risas y confianzas caminan casi dos kilómetros hasta la calle Ruiz de Alarcón. Rodrigo le dice que caminar es bueno para ella y que nunca lo olvide.

—¿Sabes? Hace mucho tiempo un rey decidió crear un Real Gabinete de Historia Natural y construyeron el edificio. Cuando llegaron los franceses de Napoleón y don Pepe Botella, todo esto se convirtió en los establos para la caballería. ¡Imagínate! Tiraron el techo y usaron el metal para fabricar balas de cañón. Después lo usaron de bodega de pinturas que sobraban en los palacios reales y a alguien se le ocurrió llamarlo Museo Real de Pintura. ¡Una caballeriza convertida en museo!

—¿Qué es una pintura importante, papá?

Rodrigo-padre se ríe y da unas palmaditas en la mano pegajosa de su hija. Recuerda cuando era un bebé y le besaba los dedos diminutos. A veces piensa que le gustaría que su niña no creciera. Que pudiera dejarla así para siempre.

—Total, que alguien seleccionó trescientas pinturas entre las miles que tienen en la colección real y las pusieron

aquí, para que todos podamos verlas. La cultura y el arte nos hacen mejores personas, Remedios.

A la niña le brillan los ojos como flores mojadas. Para su padre, el chispazo es un avistamiento del futuro, aunque dura solo un instante.

Acceder al edificio del Prado equivale a profanar un santuario. Acostumbrada a la oscuridad del colegio, el edificio de granito la sobrecoge. Las enormes columnas la empuñan, porque le parecen las piernas de unos gigantes que cargan una casa monstruosa, pero no puede pasar sin tocarlas. La piel lisa y fría de la piedra la estremece y no sabe la razón. La piedra pulida le recuerda una caja de madera fina con incrustaciones que venden en la tienda de regalos y que sirven para guardar joyas envueltas en terciopelo, el tesoro de una reina.

El museo la aturde. Las galerías son amplias y luminosas, los techos decorados. Ni en misa encuentra tanto espacio ni tanto silencio. La niña se imagina que entró al palacio de un rey a escondidas y no quiere que la descubran y la echen. Siente que si cierra los ojos escuchará hablar a los seres mágicos que se esconden en las pinturas.

Ese día hay una exposición temporal y hay un cuadro que la llama a ella y a nadie más. Le grita que se acerque. A un lado hay un letrero que indica que la obra pertenece al palacio del Escorial y que está de préstamo. Contra la pared blanca hay tres tablas de madera, varios palmos más altas que el padre, con unos dibujos que la hipnotizan. Están organizadas como una sola obra y a la mayoría de la gente que la contempla no parece gustarle mucho. Los tres bloques están decorados al detalle con seres que parecen

salidos de otro mundo: unicornios, jirafas, cisnes y otros personajes con miembros de aves, articulaciones de mamíferos, cuerpos desnudos de hombres y mujeres a lomos de hipogrifos que retozan bajo la atenta mirada de pájaros de picos emplumados que comen manzanas, sirenas que se deslizan sobre la superficie de aguas cristalinas y otros que padecen torturas, siendo devorados y engullidos por máquinas y artilugios imposibles de describir. Remedios se olvida de respirar.

—Esto solo lo pudo pintar un desquiciado —comenta alguien.

—Un loco —se escucha por detrás.

Rodrigo se acerca y se aleja, buscando comprender lo que tiene delante. Remedios lo sigue, sin dejar de mirar al cuadro ni a su padre.

—*El jardín de las delicias*, de un tal Jerónimo Bosco —lee despacio el ingeniero, intentando descifrar el latín de Jheronymus van Aken, Bosch.

—Jerónimo Bosco —repite la niña. Se imagina al pintor con un sombrero de duende, un hechicero con una bola de cristal entre las manos. —¡Es nombre de mago!

—Es un tríptico —le dice el padre a su hija, en voz baja—. Quiere decir que se trata de una sola composición en tres partes. Es... diferente, ¿no te parece?

Remedios mira los grandes retablos, uno al lado del otro, con mucha calma. Los recorre de izquierda a derecha y tira de la mano de su padre, hacia atrás. A unos veinte pasos de distancia levanta la barbilla y el padre ve que le brillan los ojos.

—¿Y bien?

—Esta pintura cuenta una historia, papá.

—¿Una historia?

—Sí. No sé leerla. No la entiendo. Pero me parece que podría aprender. ¿Me enseñas?

Rodrigo retrasa la vuelta a casa. Decide dar un rodeo por la Plaza Mayor, donde compra porras para la merienda. Al cruce con Bailén padre e hija se topan con una multitud que parece esperar a que pase algún famoso. Sin soltar la mano de su hija, Rodrigo se acerca a preguntar. Sabe que las reuniones públicas o manifestaciones están prohibidas.

—Es que el señor obispo va a cruzar por aquí —le comenta uno que amasa su sombrero como un panadero manipula la masa antes de darle forma al pan.

Entonces ocurre algo que Remedios no podrá dejar de contar durante muchos años, aunque en el momento que ocurrió no lo comprendió. Su padre, ese hombre interesado en el curso de los ríos, en la intensidad de las corrientes, en las historias de los cuadros, en la perspectiva para levantar un edificio, se detiene a la mitad de la calle y, sin quitarse el sombrero y con el cuello del abrigo levantado, reparte bendiciones a izquierda y derecha, haciendo la señal de la cruz. No falta algún feligrés que se hinque y otro que se acerque a besar la mano que el ingeniero no tarda en esconder dentro de su abrigo.

No han andado dos pasos cuando el padre se detiene y se agacha, su mirada a la altura de los ojos de su hija, a quien sujeta por los hombros:

—No digas ni una palabra de esto a tu madre. No lo comprenderá y se molestará. Y nosotros no queremos una mujer enfadada en casa, ¿verdad que no?

A la mirada de Remedios la atraviesa una luz, como hacen los depredadores en la oscuridad, lo que el padre interpreta como complicidad.

—Será nuestro secreto. Y ahora vamos a que elijas tu regalo de cumpleaños, aunque sea un poco adelantado. Conozco una casa donde tienen gatitos para regalar. ¿Te gusta la sorpresa?

Remedios aprende a los diez años que el silencio tiene un precio. No comprende, porque es incapaz, de interpretar el significado de la broma de su padre. El pago a su discreción es un gato al que bautiza señor Bigotes.

MADRID, ESPAÑA. 1920

Remedios acepta poco a poco que ha de convertirse en una piedra: no debe moverse con rapidez, contestar solo cuando le hablen, no sonreír, no mirar a nadie a los ojos. Ha de aprender a hablar con certeza y serenidad, lo mismo que saber de memoria todo lo que se escribe en la pizarra. Tiene dos amigas, Carmen y Sole. Las tres niñas se acostumbran a andar juntas y en silencio por los pasillos y los patios del colegio. Aprenden a comunicarse con miradas y sonrisas disimuladas, lo mismo que a caminar de manera que sus pisadas no reboten ecos contra las paredes vestidas de cal blanca, también ellas novias de Cristo.

El edificio mudo se convierte entonces en un castillo fortificado donde resguardan doncellas, una prisión que las contiene de sus propios cuerpos y mentes y también las oculta del mundo exterior. Prisioneras hasta que las consideren preparadas para ese mundo terrorífico que devora a sus hijas menos apañadas, esas que no están listas para convertirse en amas de casa, el destino de las más afortunadas. Lo mismo han de aprender de lengua castellana que de costura y de la vida de Santa Teresa de Jesús. A las monjas y a sus padres les preocupa sobre todo domar los espíritus libres de las niñas, lo mismo que conservar su castidad.

A la niña Varo la resistencia le crece por dentro, como una hiedra. Decide entonces volverse blanda como arcilla:

húmeda, maleable y dúctil, pero solo por fuera, como una corteza. Por dentro se le enraizan algunas enseñanzas, porque es curiosa y abierta a entender y se interesa por todo lo que le hable de espectros, incluyendo el del Espíritu Santo. Se ancla de las rodillas para rezar, de los pies para estar de pie y andar sin hacer ruido por pasillos, patios y aulas, pero su duende se escapa por los techos y las ventanas. Garabatea todo lo que se le atraviesa por la mente en un cuaderno de hojas de algodón que le regaló el padre por su cumpleaños. Decora hasta las esquinas.

Se vuelve experta en dibujar ojos y trazar mandíbulas. Nublada por su atracción a las narices perfectas (y ajenas) y el desprecio a la propia, su mente se bloquea al dibujar apéndices aguileños, torcidos, rectos y bulbosos. Sus narices se vuelven perfectas. Se empeña en hacer una sola línea, apenas presionando el carboncillo sobre el papel y casi sin detenerse. Un único trazo curvo, ligeramente levantado hacia el final, para respingar a cada miembro de su familia. Hace diez versiones de la cara de su querida abuela, que posa con paciencia amorosa mientras la nieta practica y practica. Y es que su padre no le acepta nunca el primer boceto. Como cuando era más pequeña, pero igual de nerviosa, se los hace repetir y repetir hasta dar con el que habla, con el que mira, con el que parece respirar desde el papel. Un día que está aburrida, dibuja la cara del pequeño Luis que, para sorpresa de toda la familia, se queda quieto un rato largo para que su hermana favorita lo retrate. La adoración circula entre las miradas de estudio y de asombro entre ambos hermanos y provoca que el padre sonría para sí mismo.

Cansada de las caras Varo, decide copiar el edificio del palacio real, ese que visitan casi cada fin de semana por

petición suya. Se detiene en las retorcidas rejas, en las ba-
laustradas de los balcones, en las ventanas y las puertas. Es
apenas un boceto, pero llama la atención de su padre.

—¿Pero qué tenemos aquí?

—El palacio real, padre. ¿No le gusta?

Rodrigo suspira. Le gusta. Le gusta mucho. Su hija
tiene un talento innegable para el dibujo, pero le falta es-
cuela, le falta detalle, no tiene técnica. Él no podrá nunca
ayudarla con muchas cosas, lo sabe, pero hay una con la
que sí. Sin abrir la boca va a su habitación y abre puertas
y cajones. Regresa con unas reglas llenas de números, car-
boncillos, una escuadra, un compás y para sorpresa de Jo-
sefa, con un alfiler y un rollo de hilo. Abre la libreta en una
hoja sin estrenar, para horror de su hija, que atesora los
espacios vírgenes.

—Esto de aquí se llama plano y lo que haremos ahora
será trazar un eje perpendicular para levantar una proyec-
ción isométrica. Se llama perspectiva y es lo más bonito que
aprenderás hoy. Se dibuja así porque se trata de poner en
un papel lo que mira tu ojo, desde donde estás parada. El
ojo humano es imperfecto y te hace creer que las cosas se
van haciendo pequeñas entre más lejos las mires. Entonces
hemos de replicar esto, pero con instrumentos y algunos
secretos profesionales. ¿Lo ves? Así. Pon atención aquí.

Ante los ojos como soles de la niña, el padre despliega
una especie de brujería: clava el alfiler atado con la hebra
y va haciendo líneas con carboncillo por donde va pasando
el hilo. Al poco, tiene una cuadrícula que parece el suelo
del museo del Prado, un tablero de ajedrez como el que
apasiona a su hermano mayor y que a ella tanto le aburre.

—Bien, ahora puedes repetir este ejercicio para trazar
tu palacio real sobre la cuadrícula. Es una técnica un poco

avanzada para tu edad, lo sé, pero te ayudará a mejorar mucho. Venga, inténtalo tú.

La niña asiente y empieza a trazar líneas con el hilo. Se materializa la magia. Recrea el palacio real, con sus balcones y ventanas, sobre las líneas que está perfilando. Sonríe y su padre le sonrío de regreso.

—¿Lo puedo colorear cuando lo termine?

Algo cambia ese día. Remedios se apodera con avaricia de las reglas de su padre, de la escuadra, del compás, así como de los hilos y de los alfileres de la abuela. Hace muchos dibujos y pronto aprende que el lugar donde se clava el alfiler se llama punto de fuga. Y también aprende que un mismo dibujo puede tener varios orígenes. Le gusta el nombre de “punto de fuga” porque le suena a escape, a libertad, a un mundo del que acaba de recibir la llave para entrar o para salir. Imagina que en ese mundo están los seres que tienen alas, ojos, patas y remos con los que sueña y no puede esperar a conocerlos cuando consiga salir de donde está presa. Remedios aprende también de ángulos, de ejes, de complementos y de isométricos. Las tardes con su padre se vuelven mucho más interesantes que las mañanas recitando salmos, rosarios y vidas de santos. Se interesa más por hacer levantamientos de edificios y por medir ángulos que por declinar en latín, monserga que forma parte del programa del colegio para el rezo de la misa diaria. Sus notas revelan sus intereses: aprueba cálculo mental, pero geografía le aburre, en particular los ríos. Sin embargo, se interesa por las novelas y por la mitología, que antes la aburrían. En arte no solo aprueba, sino que obtiene matrícula de honor. El padre suspira cuando la hija sonrío. La corazonada no le falla. Su pequeña pelirroja tiene el

talento para convertirse en una artista. Le falta escuela y algo que él nunca podrá darle ni conseguirle: la disciplina. Sí puede, sin embargo, empujar esa rama que aún no es tronco y dirigirla hacia el cielo.

Remedios se convierte en un organismo de rutinas y de horarios, lo mismo que de hábitos totémicos. No puede escapar a su madre, aunque cree que sí. Se dedica a dibujar y a entrenar el ojo, bajo la puntillosa supervisión paterna. Se vuelve supersticiosa: solo dibuja si se sienta en una silla con asiento y respaldo de mimbre y una tabla de madera flexible, pero sólida entre las piernas, donde sujeta el pedazo de papel de algodón, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, medido con el cartabón. A veces la mano izquierda sujeta el tablón y otras lo apoya contra la mesa, con cuidado para que no se le mueva la inclinación y el dibujo se le arruine antes de comenzarlo. Saluda a los gatos negros que se cruzan por su camino, pero les hace una reverencia marcial a los que son atigrados. Cuando se tropieza con uno de color blanco se tapa la cara. Comienza como un juego que solo ella comprende y el ritualismo crece dentro de ella como un cazuz. Imagina historias: que de la pared de su habitación sale, camuflándose con el papel tapiz viejo y descascarado, un ser con plumas de pato, garras de león y alas de mariposa. La aparición se sienta en el bordillo de su cama y enciende un cigarrillo. Adora la rima y la repite hasta que se le secan los labios y la lengua. Esos momentos de fuga le hacen soportable el tedio y las rutinas escolar y familiar, lo mismo que las vacaciones a San Sebastián, donde convive con sus tres tías Uranga y sus muchos primos, y donde conoce por primera vez a una Ignacia relajada, dicharachera y sonriente. De San Sebastián le gusta

sentarse en la playa y que la brisa del mar le rocíe la cara con sal. De San Sebastián detesta la dinámica repetitiva de misas, rezos y fotos con los muchos primos y primas. Hablan mucho y a ella le gusta el silencio. La terrible adolescencia de la que hablan su madre y sus tías sigue dormida dentro de ella.

Se escapa de los libros de catecismo y de las vidas de santos que la han aprisionado los últimos años siempre que puede y a escondidas. Viaja en los libros de aventuras y persigue personajes en los tomos que encuentra en la biblioteca de Cuatro Caminos, un suceso callejero hasta el barrio de Chamberí, donde la espera una casona rehabilitada que permite el acceso a las niñas, acompañadas de sus padres. Descubre a Julio Verne, a Dickens, a Dumas, a Victor Hugo, a Eugenio Sue, y también a Austen, a May Alcott, a Melville, a Poe y a un tal Joyce, un escritor contemporáneo que le intriga porque no lo entiende. Un día se da de bruces con un libro con un título pomposo y sobre todo, pretencioso, llamado *Camino a la perfección*, que promete llevar al lector a una especie de Valhalla, de un tal Pío Baroja. A ella le atrae de inmediato, porque entiende que el misticismo es algo que practica la gente muy religiosa, como los santos que se ha hartado de leer en el colegio, entre ellos, Santa Teresa de Jesús, la favorita de la madre superiora. El libro no es para niños ni tiene dibujos, pero Rodrigo asegura a la empleada que el libro lo leerá él y se lo llevan en préstamo. Otro secreto compartido que infla el corazón de la niña.

A Remedios el libro no le entusiasma, pero la hace interesarse por algo que ella misma busca y no encuentra: respuesta a las cuestiones religiosas y las mundanas, como cuando empieza a padecer sofocos si algún chico guapo la

observa. Sin entender el libro lo devuelve, pero regresa a buscar otro. Entrar a una biblioteca pública la hace sentir mayor, más alta: una señorita. En el mismo estante donde están las novelas del médico reconvertido en escritor, se topa con el texto de un hindú, traducido al castellano, que versa sobre una raíz milagrosa llamada mandrágora. La imagen de la lámina la obsesiona durante semanas porque la planta parece un ser humano en desarrollo. La hace aceptar, por tonto que parezca, que se trata de personas que se dan en macetas. En sueños, las mandrágoras le hablan y ella se convence que sienten dolor y le gritan pidiendo auxilio. Deja de comer, porque le dice a su madre que las patatas y las zanahorias chillan cuando les pela la piel para cocinarlas en agua hirviendo. Su padre se burla, haciendo ruidos de rata a la que le pisan la cola cuando abre la boca, para disgusto de la esposa. La obsesión crece al grado que escribe una carta que pretende echar al buzón cuando junte el dinero de los sellos postales. Un día, a escondidas, la envía a la India. Solicita de la manera más atenta que le manden una raíz de mandrágora para ella sola, una que no piensa compartir con nadie. Mientras espera, prepara una maceta confortable con tierra buena. Cada día revisa el buzón esperando encontrar la raíz. Espera hasta que el tiempo pasa y la urgencia cede. Su carta nunca recibe respuesta.

La *ley Moyano* continúa vigente desde mediados del siglo anterior y tiene la conveniencia de que Remedios lleve las mismas asignaturas que llevó Rodrigo-hijo antes que ella y las mismas que llevará Luis cuando entre al colegio. Así un hermano puede ayudar al siguiente, excepto en la materia de Nociones de Agricultura, que a las niñas se les

intercambia por costura, asignatura en la que ejerce su hechicería particular. Cual hábil araña teje costuras invisibles, remates y hasta ojales, ahí donde la mayoría de las compañeras se pinchan los dedos y estropean la labor. Su muestrario lo eligen para la exhibición de fin de cursos y las monjas la alaban. Remedios ejerce también el arte de la negociación y el intercambio con las compañeras: Intercambia los trabajos e ilustraciones de dibujo lineal, geometría y nociones de física por los deberes de geografía y los de lengua, que le aburren hasta el sueño. Para ella no existe un solo lenguaje, ese de las letras. Ella ve historias legibles en el cielo, en las plantas, en los retales de telas que usa para coser, en las arrugas alrededor de los ojos de su padre y en las manos marchitas de su abuela querida. Sabe que hay un lenguaje en la textura de las cosas, aunque es incapaz de nombrarlo. Sus dedos exploran paredes, suelos, muebles, telas, plantas y también la temperatura y la niebla del ambiente. Pero, sobre todo, reconoce el lenguaje de los museos que visita los domingos junto a su padre, en las salas de pintura. Necesita aprender los secretos que esconde cada lienzo: las páginas que se desdobl原因 de cada escena, en cierto ángulo, a través de la perspectiva de quien imaginó ese cuadro.

El respiro le llega por las tardes, antes de la merienda. Con su hermano Luis, más alto que ella, juegan a esconderse, a correr, a trepar árboles. Remedios regresa a casa con las rodillas raspadas, los codos sucios, el pelo enmarañado, lo que desquicia a su madre. Más aún cuando regresa con dolor de tripa por tanta carrera, por tanta risa. Ignacia no acepta, porque no comprende, la necesidad que tiene su hija de comportarse como un varón. Está convencida de

estar criando una señorita decente, una que se convertirá en una buena esposa, como ella, como su suegra, como su propia madre, como sus hermanas, como sus sobrinas. No puede ser ella la que falle como madre. El eslabón contaminado en la cadena familiar de hembras impolutas no puede ser el de ella, el de Ignacia. El colegio de monjas no parece ser suficiente. Habrá que casarla pronto.

Remedios, junto con su padre, su hermano Luis y su abuela, regresan de pasear y comer un helado. La pequeña se retrasa pues acompaña los pasos lentos y pesados de su abuela. Al llegar a la casa se topa con una de sus pesadillas: Rodrigo-hijo mira a su hermana con una sonrisa de quien ha ganado la guerra, lo mismo que su madre. Con horror descubre que su padre revisa sus bocetos recientes, un par de ilustraciones que tienen como protagonista a una niña con un lazo azul alrededor del cuello frente a un personaje con gorro de mago, puntiagudo y cuajado de estrellas. La madre descansa las manos regordetas en la cintura, mientras que el padre sostiene su barbilla entre el pulgar y el índice. A Remedios le galopa un caballo dentro del pecho. No es la sonrisa delatora de su hermano, ni la boca torcida de su madre lo que le angustia. Es el par de cejas de su padre, que parecen gritar de preocupación lo que la hace temblar. La niña se lleva la mano al pecho, pues siente que le falta el aire. De reojo percibe que su abuela se persigna mientras resopla.

MADRID, ESPAÑA. 1923

Para Rodrigo es un cuesta arriba convencer a su mujer de que la hija de ambos tiene un talento que no deben desperdiciar, sino encauzar. El padre, en contra siempre de la autoridad materna, le autoriza a pintar un gato saltarín sobre el arco de entrada a la cocina, después de comprarle un estuche con pinceles y polvos para mezclar colores. La espalda y las patas del gato siguen la curva de ladrillo estucado, fundidos los colores que la niña mezcló con la pericia de una hechicera que prepara una poción. La angustia que siente al preparar su caldero no se compara al sentimiento de asfixia de treparse a una silla para alcanzar su lienzo de yeso descascarillado sobre la entrada de la cocinilla. Con paciencia digna del santo Job traza las patas, el hocico y la orejas del animalito, deteniéndose en la cola, que tiene que cambiar varias veces hasta encontrar la posición exacta que tiene su gato Bigotes cuando salta juguetón sobre cualquier mueble. Elige los pinceles más delgados, porque pronto se da cuenta de que es la única manera para conseguir pintar cada pelo y que el animalillo parezca que respira. Es un proyecto que la entretiene durante varias semanas y nunca en su vida se ha sentido tan nerviosa. No consigue bautizar el sentimiento ni la opresión, pero sabe que le infla el pecho y la hace sentir más alta, más grande, más mayor. Su padre le aplaude el trabajo, alaba los detalles en los ojos brillantes y en el pelo sedoso del animal.

Ante las las alabanzas de su padre la niña se paraliza y empieza a imaginar posibilidades. ¿Qué mejor premio que decorar toda la casa? Llenará las paredes desnudas de hadas, de peces voladores, de bicicletas y de duendes con sombreros y cintas con cascabeles. Las paredes contarán las historias de una niña de visita en el país de los cuentos y cada noche tendrá una historia diferente para Luis y para su abuela. Si se lo permite, le contará alguna historia a su madre, para que sonría como lo hace cuando está de vacaciones en la playa de la Concha, allá en San Sebastián. A cambio de su entusiasmada propuesta, recibe el silencio pegajoso y asfixiante de su madre.

Esa noche y a solas en la habitación que comparte con su abuela, Remedios se pregunta si su madre quiso tanto a esa otra hija, a la otra Alicia, a esa intrusa que lleva su nombre y que es por eso que ya no le queda amor dentro del corazón para ella, la segunda Alicia. Se sacude la cabeza y se tapa con las mantas hasta desaparecer. Es una tontería pensar así, pero no deja de imaginar cómo sería su vida con una hermana mayor. Si la tiene o la tuvo, ya no sabe. Se pregunta si viviría con ellos, si dormiría con ella. Compartirían la cama y quizá, su madre sonreiría más seguido y la miraría a ella cuando las mirara a ambas. Tal vez.

Pocos días después se emite un dictamen familiar: su madre no va a permitir que la niña llene la casa de rayones, de dibujos y de tonterías pintadas por una *artaburu*. Ya es hora de que siente cabeza, de que busque un marido, de que cocine platos elaborados, de que acuda a bailes con Rodrigo-hijo como chaperón. Tiene casi quince años y si bien no es tonta, anda despistada de lo importante. Ignacia asegura que la inscribirá al grupo de la parroquia, por-

que ahí hay buenos chicos con quienes la podrá emparejar. Remedios se cubre los oídos con las manos, pero alcanza a escuchar que sus padres pelean otra vez. Esta vez por su culpa. Quizá siempre sea por su culpa.

La tregua aparece durante la cena. El padre, convencido de que la niña tiene talento, decide llevarla a probarse a la Academia de las Bellas Artes de San Fernando. Su madre resopla y condiciona: si no la aceptan, Ignacia misma le buscará marido y el padre no solo no se opondrá, sino que la apoyará de manera activa y buscará entre los hijos de sus conocidos a un candidato aceptable. La madre considera tan complicada a su hija que confía en que lo mejor para todos será que la entreguen pronto a un buen hombre. Rodrigo acepta el reto. Sabe que su mujer es testaruda como una mula vieja, pero está convencido de tener la razón. Por no dejar, se persigna a espaldas de su mujer cuando sale hacia el rellano de la escalera. Venciendo sus propios demonios, decide ir andando al palacio de Goyeneche a pedir informes.

En la cocina, de espaldas a la puerta por donde salió el marido, Ignacia ataca el pollo con las tijeras. No lo asará entero, porque necesita cortar, destripar y eviscerar su rabia. Remedios ha crecido y no es ya una niña, sino una joven con la vida por delante, pero una como Dios manda, no una de bohemia, desperdicio y perdición. No comprende la insistencia de su marido, inclinada hacia el evidente talento de su niña. La niña sí que tiene un don, pero de eso a que de verdad valga, le parece que hay un trecho largo. Porque una cosa es que haga dibujos como pasatiempo, como profesora de dibujo, tal vez por las mañanas mientras no tenga hijos y por las tardes cuando los críe. Pero el dibujo no puede ser un oficio. Menos un modo de vida. Si

sigue por ese camino, se hará vieja y se perderá de los mejores partidos. Y esos, los mejores partidos, no son los que revolotean por las aulas de las universidades. ¿Una mujer profesionista en su familia? Dios la libre. Ignacia sabe que solo las mujeres feas presumen certificados de estudios, porque no tendrán otras opciones en la vida. Y su niña es guapa. No es una belleza, está consciente, pero llama la atención, tal vez por tímida. Los ojos parece que echan fuego, lo que añade atracción e infunde algo de temor. Pero la cabellera... esa tiene remedio. Si hasta la puede convencer de que se la corte y la tiña de rubio, a la moda. Por si fuera poco... ¡Todo el mundo sabe que los artistas son unos muertos de hambre! Ignacia descuartiza con saña el pollo mientras piensa que ya tiene bastante con dos mujeres en la casa que hagan fila en la calle para comprar la carne: ella y su suegra. Su hija se merece que la mantengan y le compren joyas y la lleven al teatro y no que haga fila en la compra. Piensa que tal vez se equivocó al aceptar a Rodrigo como su marido. Ella se merecía más.

En el salón y bajo la ventana, la abuela se frota los párpados adelgazados debajo de los anteojos. Los ojos le pican y a veces se le nublan. Será la edad, esa misma hijaeputa que le impide caminar como antes, subir las escaleras sin sofocarse y que la mantiene despierta por las noches, cuando el piso, la finca y toda la ciudad duermen. Cuida al mundo y pide por los suyos desde la almohada, con el nombre de Dios y de la virgen en los labios. Despacio, estira una pierna. Sus rodillas crujen cuando lleva mucho rato sentada cosiendo, lo mismo que cuando se levanta de la cama por las mañanas. Por ahora se entretiene desco-siendo los cuellos y los puños de los vestidos que ya no le

quedan a su nieta, aunque ya es ella quien elige los patrones de los conjuntos con que se viste cada día. Le ayuda a ajustarlos, clavando alfileres con delicadeza por toda la tela, pues la cintura de Remedios es muy pequeña, los brazos son cortos y las piernas lo son aún más. Todo le va grande porque es incluso más menuda que su nuera. En silencio le pide al creador que nunca le permita que engorde como Ignacia, porque se podría convertir en otro ogro que pulule por la casa de su hijo. No es que culpe a su nuera, piensa mientras ensarta una hebra de seda para bordar las iniciales de su nieto Luis en un pañuelo de batista que terminó de hilvanar ayer. La vida pasa muy deprisa. Se lleva mucho de lo que queremos pero nos deja el día a día. En el camino, el cuerpo deja de responder. Ahora se da cuenta de que si bien los días se le hacen muy largos, los años se le pasan muy cortos. Sí, la vida es una putada, se repite en voz baja, mientras cuenta los hilos de la batista bien estirada dentro del bastidor antes de clavar la aguja. Se persigna y sigue cosiendo. Si no mantiene las manos ocupadas, se muere.

Mientras sus padres y su abuela libran batallas internas, Remedios vadea las suyas. El cuerpo le cambia y el pecho le crece, ese mismo que a veces venda para que no le estorbe mientras corre y trepa árboles con su hermano Luis, que es más alto incluso que Rodri. Sus caderas se ensanchan y el trasero se le redondea, mientras su cintura se estrecha, lo que la obliga a elegir faldas dos dedos por debajo de la rodilla, chaquetas ajustadas y blusas con mangas sueltas, que oculten los tallos escuálidos que tiene por brazos. El espejo resulta más estricto que las monjas, pues le devuelve esa nariz que no solo no se respingó, sino que se alargó hacia el mentón. La nariz Varo no le gusta. La de-

testa. Pero sus cejas sí le agradan: son arqueadas como se llevan ahora. Se dedica a quitar los pelillos que le crecen por arriba y por abajo, pues ella tiene la suerte de no tener que afeitarlas para dibujarlas con un crayón de cera de abeja. Mira los ejemplares de *Le Petit Echo de la Mode* y de *La Esfera*, que intercambia con sus amigas Dolores y Concepción. Se mira y se admira con calma en el espejo del baño, que recibe la luz natural a través de la ventana.

La batalla más importante la lucha dentro de su cuerpo menudo. Su mente también ha crecido al parejo que sus inquietudes, sus sueños, sus dudas y sus muchas preguntas. Tiene cientos de preguntas que ni la enseñanza religiosa ni los libros de las bibliotecas le han podido contestar. ¿De dónde venimos? ¿Qué es la humanidad? y ¿Qué hay más allá? dejan de tener el significado que le dieron en el colegio religioso. Sí, debe haber un Dios que todo lo ve, que todo lo sabe, que es amoroso a pesar del sufrimiento del mundo, de la guerra, de la enfermedad y de la muerte. Pronto comprende que ese Dios no es un concesionario de favores ni de dones a cambio de rezos devotos o exorcismos privados. Asimila que Dios no es el mercenario de las grandes gestas: que hay que trabajarlas por uno mismo si se desea alcanzarlas. Ya no es una niña inocente, pero tampoco es una mujer de experiencia. Su mundo sigue encorsetado entre su casa, su colegio, sus pocas amigas y su familia, un núcleo estrecho y sólido que a veces la asfixia. Sabe que hay algo más allá afuera porque ha percibido su fuerza, aunque es aún incapaz de reconocerlo.

Remedios descubre que los trazos que le sirven para levantar edificios y dibujar suelos cuadriculados también sirven para hacer las curvas de los patrones para su ropa. Armada con un rollo de cartón que compra en la papelería

y ayudada por su abuela, desarma un vestido, una falda y una americana que ya le van chicas. Con una paciencia que envidiaría Santa Isabel, descose forros y vistas, cuellos y solapas y arma todas las piezas como un relojero suizo. Otro asunto son las telas. Su madre insiste en que reutilice el casimir y la ropa de lana que a ella ya no le va, pero Remedios opina que los colores son deprimentes y sosos para alguien de su edad. La madre no insiste, pero en casa no hay dinero de sobra para comprar metros de tela nueva. Entonces se conforma con añadir cuellos de guipur, encaje y cintas sobre lanas color azul marino solterona, marrón otoño lluvioso y gris ratón desolador. La revancha se la toma en los forros, que compra en retales de colores vivos y exóticos, como el rojo Moulin Rouge o el rosa cortesana parisina, que escandalizan a su madre porque los considera vulgares.

Pronto se cansa de trazar pinzas para el talle y se pierde mirando las plantas de la esquina. Le parece que necesitan agua. Se acerca pidiéndoles perdón por el descuido. Siente una opresión en el pecho que no sabe definir. Una tristeza desconocida le pesa y se escapa con la misma improvisación que aparecen la risa espontánea o el llanto incontrolable. ¿A esto le llaman crecer? Tal vez no necesite ropa nueva que ella sabe que es vieja. Ya no está tan segura de lo que desea.

La joven está convencida de que es capaz de mantener una conversación con las plantas y los pájaros, pero es incapaz de explicar por qué lo sabe. Cree con firmeza que se puede leer el cielo y no se refiere a las constelaciones. Es otra cosa. Ahí hay indicios, señales que algún día será capaz de comprender, porque no puede ser que no quieran decirle algo a ella. Mientras lo descifra, toma su regla de madera dentada de tanto uso y su transportador. Marca

ángulos y realiza una cuadrícula. Listo el suelo con un escaque perfecto, levanta una figura, un mago con chinelas arabescas que mira a un personaje que trazará después. Ladea la cabeza de un lado al otro y con trazos rápidos dibuja el cuerpo de un niño, menudo y avergonzado delante de un adulto. Es un genio el que mira y regaña a una niña, porque se tratará de una niña. El adulto se convierte de pronto en un anciano de ojos claros, con bastón sobre el que se apoya. Lleva unos pantalones bombachos estilo oriental, tal vez como los que recuerda de aquellos años del norte de África. Una chaqueta corta y también un talit envuelto en el torso, los bordados y los flecos al descubierto por un costado. La niña está de espaldas: lleva unas medias a rayas, verdes o azules o rojas con blanco y unos zuecos de madera ya gastados. El color lo decidirá después. La falda será corta y sobre los hombros se asomará un pañuelo de seda blanca, anudado al cuello. Como el genio la está reprendiendo, la niña agacha la cabeza y une las puntas de los pies en señal de contrición. ¿Su falta? Ha esparcido el polvo de hada que le dieron a guardar y, con ello, el secreto de las alas de las ninfas ha quedado al descubierto. Ha faltado no solo a su palabra, sino que ha cometido un pecado de los más graves. Lo único que puede verse de la niña arrepentida es la nuca, donde un aya trenzó una mata de pelo rojizo y la anudó con un lazo de seda azul. Es la misma niña que dibujó hace tiempo, pero mayor porque ya creció. La historia se llama *el mal genio*, porque el genio malo no le gusta. A este dibujo le cambiará el nombre muchos años después, cuando lo encuentre dentro de un libro de constelaciones familiares y lo rebautizará como *El moño azul*, cuando su idioma cambie del castellano al español, en una tierra lejana donde habita, pero que no la habita a ella.